

## Una espera en la sala VIP

*“La vida de los muertos perdura en la memoria de los vivos.” Marco Tulio Cicerón.*

Hola me llamo José, José Manrique y soy de un pueblo muy bonito de Jaén, se llama Cazorla y así mismo tiene una bonita sierra, como bonito es el pueblo.

Bueno... no os voy a engañar, en realidad me llamaba José Manrique, pero creo que soy lo que los clérigos y esotéricos llaman “un alma en pena”. No entiendo el porqué de ese adjetivo ya que no tengo pena ninguna y mi nueva vida, que nada tiene que ver con la terrena que viví durante diecisiete años, la estoy disfrutando como me hubiera gustado hacerlo en aquella; la verdad es que las únicas penas reales que tengo son, en primer lugar no haberme podido despedir de mi madre, ya que a mi padre y a mí nos despidieron juntos un día del mes de agosto del terreno año de 1936, y en segundo lugar saber por qué nos obligaron a hacerlo, si acaso podrían llamarme “alma errante”. Después de aquella despedida forzada pude comprobar el sufrimiento de mi madre por nuestra ausencia durante sesenta años más de su vida hasta que se reunió con nosotros en esta, donde goza de la eternidad.

Dicen que cuando alguien muere sin saber por qué y de manera obligada se convierte en un alma en pena. En mi nueva existencia puedo viajar en el tiempo, al futuro o al pasado e incluso puedo verte, conocer tus gustos, tus amigos, tus aficiones, tus vicios, tus gastos, tus secretos más ocultos, subirme en tu coche y viajar contigo de vacaciones, pero no puedo conocer mi historia o mi pasado. Vivo en el éter y desde entonces trato de averiguar el porqué de aquella despedida prematura, ya que me obligaron y desconozco los motivos. He tratado de hablar con todos mis compañeros de viaje por si alguno era capaz de aclararme algo sobre el mismo; no quieren hablar, probablemente no pueden, ya que al igual que yo no conocen ni su historia, ni su pasado. En este estado nada tiene que ver con lo que conocí en la vida terrena, aquí cada uno va a lo suyo y nadie quiere saber nada del asunto; tan sólo Andrés, un muchacho que vivió en un pueblo de Córdoba llamado Adamuz y que también nos acompañó en el viaje junto a su padre, me hace un mínimo de caso durante los escasos ratos en que no se dedica a visitar en sueños a su novia, que tras nuestro viaje se hizo monja de clausura. Al igual que yo, tampoco acepta su nueva existencia.

He viajado buscando algunos antecedentes que dieran sentido a nuestro traslado a la otra vida y nada ha satisfecho mi curiosidad.

Un buen día, recorriendo la estación de Atocha, me enteré por boca de unos viajeros que anteriormente se había llamado estación de Mediodía. Aquello de Mediodía me recordaba algo, pero no sabía qué.

Volví a Atocha varias veces buscando respuestas, y al no hallarlas me dediqué a indagar en la vida de los demás eligiendo varias víctimas. Se trataba de una manera de pasar el tiempo, ya que aquello me llevaba a pequeñas historias personales que, a pesar de no tener ningún sentido conocer me gustaba, aunque no servía para nada.

En uno de aquellos días coincidí con un grupo de personas que viajaban a Sevilla y que resultaron ser militares. ¡Cómo había cambiado la milicia! ¡Viajaban en trenes de alta velocidad y no en aquellos convoyes que conocí en Cazorla!

Pensé... ¿Por qué no...? y me introduje en el pensamiento de uno de ellos al azar. Algo puse de mi parte y el hospedador se convirtió en colaborador necesario de mi investigación, dando comienzo a algo que, como todo, empieza un día cualquiera.

Ese día el militar tenía que viajar a Sevilla y no tenía nada que hacer hasta la hora del embarque, así que cogió el equipaje previamente preparado y salió de su casa con tiempo suficiente para ir a la estación de Atocha a esperar la salida del tren AVE, que en unas dos horas y media le dejaría en la estación de Sevilla-Santa Justa. Tenía billete preferente, lo que le daba derecho a disfrutar de la sala VIP, un lugar tranquilo separado de las idas y venidas de la gente y donde podía concentrarse en su trabajo antes del viaje. Sacó el ordenador portátil de la cartera y pidió una copa a uno de los camareros que le sirvió amablemente.

Se embarcó en una singladura más en el mundo de internet y su curiosidad por la historia le llevó a encontrarse con algo que poca gente conocía, unos hechos lo suficientemente importantes que le hicieron decidir que había de ser uno más de los que no quieren que muera la Historia y con ella sus protagonistas. Nadie muere mientras siga vivo su recuerdo... y en ese momento decidió mantenernos con vida.

Mientras el militar aquello escribía me abría una puerta a uno de los porqués que había estado buscando más de ochenta años y me mostraba un pequeño punto de luz al final del túnel.

¿Quizá había llegado al hilo que me llevara a olvidar la obsesión de mis porqués? ¿Cómo se había llegado a esta situación? Seguí acompañándole en su subconsciente y leyendo con atención. Lo que a continuación escribió hizo que me diera perfecta cuenta de que estaba en el buen camino y no tardaría mucho en conocer los porqués, que hasta en esta nueva vida me atormentaban. Leía lo que escribía y comprendí que mi nueva forma de vida no me daba acceso a todos los sitios que quería llegar, que ello dependía de la información que yo pudiera encontrar, por lo que me limité a seguir leyendo...

Era un quince de mayo, día de San Isidro, patrón de Madrid, y no deja de ser curioso por ello que los hechos que trataba de conocer ocurrieran en Madrid, en un Madrid que, harto de la opresión del invasor, se enfrentó a los franceses en un heroico dos de mayo de 1808 que quedó escrito para la eternidad con letras de oro en los libros de la Historia de España... y del Mundo.

Ese mismo Madrid, el de los capitanes Daoíz y Velarde, del teniente Ruiz, de Manuela Malasaña y Clara del Rey; Madrid que se enfrentó al enemigo disponiendo como armas de lo único que poseían: Piedras, garrotes y navajas.

Ese mismo Madrid que no quería que se llevaran a “su Infante” y que venció el miedo a la muerte al grito de José Blas Molina ¡Que nos lo lleven!

El Madrid que concentrado frente al Palacio Real pretendía impedir la salida del sucesor al trono y recibió, a pecho descubierto, las descargas de la artillería del mariscal Murat, quien se postulaba ante Napoleón como Rey de España. Aquél Madrid que sufrió la carga de los Mamelucos y la represión gabacha en la montaña del Príncipe Pío y los Jardines del Buen Retiro mediante el fusilamiento de más de cuatrocientos patriotas españoles, civiles y militares, que juntos alcanzaron la gloria al día siguiente y fueron inmortalizados por el genial Francisco de Goya y Lucientes... Ese mismo noble e hidalgo Madrid.

Ese mismo Madrid pasó de ser noble e hidalgo a rebajar su esencia a lo más deleznable de la condición humana con el asesinato de 217 presos políticos en un paraje llamado “el Pozo del Tío Raimundo” en la Villa de Vallecas por el simple hecho sádico de asesinar, a sabiendas el asesino de que cometía su crimen de manera impune, amparado por las autoridades y seguro de que ese crimen nunca se conocería gracias a la ocultación y la desinformación impuesta por un gobierno que había llegado al poder de manera ilegítima y que se aprovechaba propagandísticamente de los crímenes cometidos por el pueblo al que habían entregado las armas de la nación para cargar contra su propio ejército, contra su propio pueblo, en el que el analfabetismo de la época rondaba el 65 %, que por otra parte el Gobierno no tenía la más mínima intención de paliar, pues ese analfabetismo seguiría funcionando a su favor en el futuro.

Ese mismo Madrid que profanaba iglesias, destruía imágenes y quemaba documentos enfrentando a hermanos contra hermanos, a padres contra hijos e hijos contra padres.

No tardé mucho en darme cuenta de que algo tenía yo que ver con aquello, por lo que continué con aquella lectura que empezaba a aclarar mi búsqueda.

Tras la restauración de la monarquía Borbónica que acabó con la Primera República en virtud del pronunciamiento del general Martínez Campos, España progresó gracias a la revolución industrial y a una estabilidad política basada en la Monarquía, las Cortes, la Constitución y la alternancia pacífica de dos partidos que construyeron un modelo liberal de estado. Muere en 1885 el rey Alfonso XII dando paso a la regencia de su esposa, María Cristina de Habsburgo-Lorena, durante la cual emergieron los regionalismos y los movimientos obreros y socialistas. Internacionalmente, el desastre del 98 marcó una época; España perdió sus últimas colonias en Puerto Rico, Cuba y Filipinas en la guerra contra Estados Unidos.

Envueltos en esa tesitura, llega España al año 1902 y Alfonso XIII, que había sido Rey desde la muerte de su padre sin ejercer como tal por no alcanzar la mayoría de edad, llega a la misma y comienza su reinado que habría de estar marcado por dos periodos, el constitucional que se prolongaría hasta 1923 y que, durante el mismo, en agosto de 1921 tuvo lugar el conocido “Desastre de Annual”, y el dictatorial tras el golpe de estado del general Primo de Rivera, provocado por los acontecimientos posteriores a dichos hechos.

Pero... dejemos de momento la dictadura de Primo de Rivera y si tuvo perjuicios o beneficios. ¿Acaso no estamos convencidos de que todo lo que suene a dictadura es malo para el pueblo? ¿Acaso no estamos convencidos de que todas las dictaduras son liberticidas? No amigo lector, no todas las dictaduras son malas ni todas las democracias son buenas. Se trata de una cuestión de ideologías y matices, de políticos y populistas, de verdades y medias verdades, de mentiras y desconocimiento de la verdad.

Me surgieron de aquellas líneas muchas preguntas que me hicieron dudar de por dónde debía empezar ¿Quién era Primo de Rivera? ¿Qué era el “Desastre de Annual”? ¿Qué era la restauración Borbónica? En la escuela de Cazorla aprendí a leer, escribir y algo de cuentas, pero tenía que trabajar con mi padre en la poda de los olivos y la recogida de la aceituna, por lo que dejé la escuela con doce años. No sabía nada de la historia de España... y todo aquello era historia de España; como mucho algo del pueblo y lo que me dio tiempo a aprender sobre los pueblos que poblaron la Península Ibérica en la antigüedad. ¡Cómo echo de menos la escuela!